
DE LA LITERATURA EN GENERAL.

Consagrada la presente REVISTA á difundir los conocimientos útiles á todas las clases de la sociedad, pocos de ellos se acomodan más á su índole y cuadran mejor en sus páginas que los estudios literarios. Porque si cosa alguna merece la atención y la cautiva con especial deleite y provecho, es el exímen de las literaturas; esos monumentos donde vienen á fundirse y concentrarse los más altos conceptos del entendimiento humano, y á reflejarse como en un espejo mágico el esplendor de todas las civilizaciones, la luz de todas las ciencias, el encanto de todas las artes. Manifestacion sublime de la mente del hombre, en la literatura encontramos la quinta esencia del pensamiento en sus más bellas inspiraciones; lo más vivo de las pasiones del corazón en la expresion depurada del sentimiento; lo más espléndido de la imaginacion, creando el mundo inagotable de las imágenes y tegiendo las portentosas guirnaldas de las flores que brotan en ese paraíso virginal de la fantasía.

Asi como no hay más que una ciencia, tampoco hay más que una literatura.

Por más que el árbol de la ciencia se baya dividido en innumerables ramas, el tronco es uno, y la unidad científica resplandece en la *synthesis* ó resumen de las investigaciones parciales. Divídase hasta lo infinito la ciencia, y siempre será *una*, como uno es el árbol, aunque multiplique con incansable

fecundidad el caprichoso juego de su ramaje. Y la ciencia es una porque su objeto es uno: el estudio del universo, que á su vez es solo una inmensa unidad, desarrollada en la variedad de los mundos, en la cantidad de los fenómenos.

Del mismo modo la literatura no es mas que una expresion múltiple que reviste todas las formas y reconcentra todas las esencias del pensamiento. A través de todas las épocas históricas y de todas las lenguas, siempre en las producciones literarias hallaremos una manifestacion general, única, del espíritu humano, y en la universalidad de esta manifestacion distinguiremos la unidad literaria, como en el *Cosmo* formulamos la unidad científica.

Toda ciencia parcial que se consagra al estudio de un ramo del saber tiene una definicion concreta, terminante.

Nada hay, por el contrario, más difícil que hacer una definicion de la literatura, donde la ausencia de leyes constantes, la multitud de fenómenos y la infinidad de formas hacen imposible determinar su relacion y hasta desvian, por falta de puntos, los instrumentos analíticos del observador. Con qué microscopio mirar el detalle del alma? Con qué telescopio abarcar el conjunto del espíritu humano? Con qué escalpelo analizar la anatomía de la vida? Con qué compás medir la infinita geometría de la idea? Con qué termómetro apreciar el calor de la pasion? Con qué palabra, en fin, definir la literatura, que es la expresion de todo esto, que es ciencia por su fondo, arte por su forma: enciclopedia cantada donde el hombre concentra lo más hondo de sus meditaciones, donde el entusiasmo le levanta hasta los astros, donde la curiosidad le lleva á explorar todos los horizontes del mundo y de la vida, donde la contemplacion le hará fijar la vista y entonar un canto á los prodigios del mundo físico, y la duda le sumergirá en el misterioso mar de la metafísica, en el tenebroso espacio de lo desconocido? Cosa que tanto abarca, que así se inspira en la ciencia como se expresa en forma de arte, no es fácil, repetimos, definirla en breves palabras.

Intentemos, no obstante, tal dificultad, coordinemos al-

gunas ideas que expresen la general que de la literatura nos hemos formado.

La física nos dice que la luz es la vibración del éter.

Aunque la metáfora es un poco atrevida, casi podríamos decir que la literatura es la *vibración del pensamiento humano*. Vibra el pensamiento, ese éter de la vida, y brota la luz de la inteligencia con los iris de infinitos colores deslumbrantes de la *Idea*.

Vibra el aire y produce el sonido. Vibra el corazón, es decir, palpita, y sus movimientos enjendran la *Pasión*.

Vibran todas las moléculas de un cuerpo y se produce el calor. Agítanse las impalpables fibras del alma y nace el *Sentimiento*.

Son tres, pues, los elementos del mundo del espíritu y tres las formas psicológicas.

Idea, Pasión, Sentimiento.

Estos tres movimientos vibratorios de la sensibilidad interna necesitan una expresión exterior. Necesitan pasar del estado *subjetivo*, ó sea indeterminado, al estado *objetivo*, es decir, tangible, aparente.

Y esta expresión la encuentra en la *Palabra*. La palabra, cimiento impercedero sobre el cual se levantan las gigantes construcciones del entendimiento, y la arquitectura riquísima de todas las literaturas conocidas.

Podríamos, pues, definir la literatura, la *expresión hablada de los movimientos del espíritu humano*.

Cuando para expresar sus ideas el hombre apele á formas visibles, os dará un *arte*. Con las líneas y colores, creará la pintura; con los cuerpos y las masas levantará la arquitectura; con el sonido engendrará la música. Cuando apele á la palabra creará una literatura. Podríamos decir que las artes son una literatura de líneas, y la literatura un arte de palabras.

Pero basta la expresión hablada del pensamiento para constituir una obra literaria? La conversación diaria, que expresa pensamientos hablados, nunca constituirá una literatura, como la mera curiosidad de la ignorancia nunca formará

una ciencia. La ciencia y la literatura han menester un término, una razón, un móvil que les impulse y guíe al través del mar de las investigaciones y del caos de lo desconocido. Ambas tienen ese fin supremo.

En la ciencia es *la Verdad*.

En la literatura *la Belleza*.

Verdad y belleza, únicas y eternas musas que desde un Parnaso más elevado que el de Grecia pueden alumbrar é inspirar la mente humana; únicas madres de esos dos más perfectos y sublimes tipos de la especie humana: el sabio y el poeta.

Por el consorcio de ambos principios, de tal modo la ciencia y la literatura se armonizan y asemejan, que, sin exagerar la antítesis, podremos llamar á la literatura ciencia de lo bello, y á la ciencia, literatura de lo verdadero.

Siempre, pues, que una verdad, ó un sentimiento, se muestre de una manera *bella*, será un producto literario, que entrará en el cuadro de una literatura.

Cuando los pensamientos y afectos alcanzan su más bella manifestación, su más sublime pureza y ofrecen sus más correctos tipos representativos, ya se ostenten en las líneas del arte ó en las palabras, entónces, á esa expresión superior, ideal y semi-divina que en ellos resplandece, le damos el nombre de *Poesía*.

Por el común principio poético líganse y confúndense tanto las manifestaciones del entendimiento, que para ser poéticas nada nos importa sus formas exteriores, ni el nombre con que las clasificamos. Así, á pesar de llamarlas estatuas y pertenecer á la escultura, podríamos llamar al Apolo de Belvedere una oda cincelada y entonada al dios de la luz y de la poesía; podemos leer en la Vénus de Milo el poema de la belleza corporal; podemos llamar al grupo de Laoconte un drama de mármol. El célebre Partenon de Atenas y la Iliada, en su espléndida monumentalidad, tienen algo de común: el uno es el poema de la perfección arquitectónica, la otra el monumento de la perfección poética. La Iliada es casi piedra tallada

en palabra; el Partenon, con sus líneas correctas, rimadas y medidas como los versos de un himno, es un canto, un poema escrito con caracteres de mármol pentélico. La magnífica oda de Manzoni, *El Cinco de Mayo*, tiene tal relieve, tal consistencia y tal vida, que en vez de oda podríamos llamarla estatua animada del gran Napoleón.

Ampliando más nuestra tósis, veremos que la literatura, es decir, la belleza poética, es casi principio y resumen de todo; especie de sol, centro de atracción para las ideas y foco de irradiación luminosa que les alumbra y vivifica.

En la ciencia hay literatura. Cuando levanta los misteriosos velos de la naturaleza y ve detrás de ellos aclararse los arcanos, revelarse las leyes, latir las fuerzas, germinar la semilla de las formas; cuando la ciencia ve las maravillas del mundo y oye el canto de esa escala de inmensas armonías que empieza en los átomos y termina en los mundos, entonces la fría, la vieja ciencia también se entusiasma, toma la lira para cantar sus verdades, pide sus inspiraciones á las musas y escribe libros que, á pesar de ser científicos, vienen á acrecentar el caudal de la poesía y el catálogo riquísimo de la literatura. Lucrecio, en su poema *De Rerum Natura*, hizo el poema del ateísmo y de la ciencia epicúrea. Quitad de los libros de Galileo, Kepler, Newton y Laplace los prodigiosos problemas, los áridos guarismos; concentrad el resultado, el *substratum* de aquellos números, especies de geroglíficos de las más altas verdades, y encontrareis una literatura matemática; hallareis la poesía del cálculo, la grandeza del guarismo; leereis el poema de la astronomía.

En la filosofía se encuentran las más bellas obras literarias. Platon ha enriquecido la poesía tanto como la filosofía con sus asombrosos diálogos, bellos y dramáticos como las mismas tragedias de Sófocles, pintorescos como las églogas de Teócrito, arrebatados y sublimes como las odas de Píndaro. Si la índole y brevedad de este escrito no vedase ampliaciones y pruebas, aquí las daríamos, y fundadas, de como á la filosofía se deben los más bellos productos de la literatura. Vería-

mos como la poesía viene á ser la filosofía del alma; una psicología rimada donde ambas cosas resplandecen en su mayor profundidad analítica y en su mayor brillo representativo.

Hay más aun: las religiones, las mitologías, son una expresión cuasi literaria del sentimiento religioso. Quereis una prueba? Homero ha creado el Olimpo y los dioses de la Grecia, Fidias los ha cincelado, Ictino les ha levantado templos. Los dioses son la fórmula artístico-poética de esos sentimientos vagos, de esas aspiraciones infinitas que necesitan formas donde encarnarse; los dioses son la ciencia expresada, la naturaleza y el alma representadas en forma humana, ó sea el *antropomorfismo*, las ideas reflejadas en símbolos, los sentimientos deificados sobre altares, y en todo ese mundo religioso veremos al arte dominando en la forma y á la literatura dominando la teología, modelando el dogma en la poética forma de la fábula del *mito*, de las alegorías religiosas, ya dramáticas, ya épicas, ya cómicas, creadas por poetas y santificadas por sacerdotes. Examinense las literaturas primitivas, y en ellas encontraremos también las primeras religiones, de suerte que, siguiendo los símiles, podremos decir que las mitologías son literaturas en forma de dioses.

La literatura viene á ser el divino molde donde se condensan y perpetúan todas las civilizaciones. En ella entra la naturaleza, ese primer poema; el alma, ese inmenso drama; la sociedad, esa eterna comedia; las pasiones, ese continuo lirismo de los individuos y de los pueblos. En ella lo abstracto se concreta, lo concreto se dilata, lo material se espiritualiza, lo inerte se anima; todo esqueleto se reviste de carnes y expresiones vivas; todo adquiere perfume, calor, acción, vida; todo se adorna con las galas espléndidas de la fantasía del hombre, como la tierra se cubre de flores y verdura con el soplo fecundo de la primavera.

Dos grandes manifestaciones tiene la literatura: la simplemente hablada y la metrificada y rimada.

La *prosa* y el *verso*.

La primera se rige por las simples leyes de la gramática

para su enunciación verbal, y por las de la retórica para la emisión elocuente de las ideas. Tiene también la prosa su especie de ritmo, su armonía, es decir, el *estilo*, cuyas reglas solo las dicta el genio del escritor.

El verso tiene el *metro* que produce su melodía aislada, y la *rima* la consonancia, que es la armonía que traba unos versos con otros. Melodía y armonía de esa música hablada de la poesía donde resuena la divina lira del alma del hombre.

La poesía á su vez tiene tres modos de ser, tres grandes grupos, á saber: la poesía épica, la dramática y la lírica.

La epopeya canta los grandes hechos de la humanidad, de un pueblo, de un héroe.

El drama pinta el movimiento y juego de las pasiones humanas.

La poesía lírica canta los sentimientos individuales pasajeros del momento, con las formas más libres y variadas que la palabra puede revestir.

En su analogía con las artes la epopeya corresponde á la arquitectura por los monumentos que levanta; el drama á la escultura por las figuras que modela; el lirismo á la pintura por el colorido de sus cuadros.

Estas tres formas literarias nos proponemos estudiar y dar á conocer ligeramente en sus mas grandes y característicos modelos.

Muchos conocen de oídas los nombres de *la Iliada*, *la Eneida*, *la Divina comedia*, *el Paraíso perdido*, *la Jerusalén libertada*, *Orlando Furioso*, *las Luísiadas*, *la Araucana*, *la Mesíada*, *el Fausto*, y sin embargo, por haber dedicado su atención á estudios de otra índole, desconocen el admirable fondo de tan inmortales poemas.

Muchos han pronunciado los nombres de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Terencio, Plauto, Racine, Molière, Shakespeare, etc., y no obstante, nunca han penetrado en los animados mundos dramáticos que aquellos genios crearon.

Para los que tales obras desconocen nos proponemos dedicar una serie de breves estudios expositivos, meramente di-

dácticos, de enseñanza, y sin elevarnos á altas apreciaciones críticas, impropias de esta publicacion y de aquel propósito. Nuestro intento es solo dar una realidad á esos nombres que flotan sin sentido ni aplicacion en el recuerdo de las personas que se hallan en el caso que hemos indicado. Que el que pronuncie, por ejemplo, la palabra *Iliada*, sepa qué cosa es la *Iliada*, vislumbre algo de sus magnificencias, conozca su argumento, su importancia y su sentido. En un breve resúmen tendrá el lector idea de las más célebres obras maestras de la literatura, sin el largo trabajo de leerlas y estudiarlas. Una ligera noticia del poeta y un bosquejo de sus producciones harán familiar á quien las leyere lo que para él fuere un nombre vano, y acaso moviendo su curiosidad le incite á abrir esos libros monumentales donde resplandece la divinidad creadora del entendimiento.

¿Dónde más dignamente fijar la atencion que en la contemplacion de esas obras siempre grandes, siempre nuevas, siempre resplandecientes con la aureola de la inmortalidad, de ese rayo luminoso, corona del poeta, quien, como un músico llamado á descifrar la armonía del universo, fija la vista en las grandiosas notas del cielo, pone sus dedos sobre el harpa sonora del corazon, y conmovido por el delirio de la inspiracion, hace sonar en la tierra los únicos cantos que hacen olvidar el dolor humano, los únicos lamentos que consuelan, los únicos conceptos que hacen soñar en la divinidad del hombre, en la eternidad de sus secretos destinos y en la realidad de sus esperanzas infinitas?

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

ESTUDIO

DE LAS CIENCIAS NATURALES

EN SUS RELACIONES CON LA FILOSOFÍA.

I.

Importa mucho conocer el verdadero carácter de las ciencias naturales y sus relaciones con la Filosofía, sin caer en las exageraciones de los sensualistas, y lo que es aún peor, en las de aquellos filósofos idealistas, que desconociendo estas ciencias y sus grandes descubrimientos, pretenden fijar, como punto de partida para su estudio, la Metafísica pura y abstracta, como se hizo en otros tiempos, en que no era conocido el método experimental.

Todas las ciencias tienen su Filosofía y su Metafísica propias, puesto que en todas se busca la razón de las cosas, y en todas se establecen principios, si bien el camino que para esto debe seguirse en las ciencias naturales, es partir de los hechos observados, y de ninguna manera de principios preconcebidos y establecidos *á priori*.

Las ciencias naturales se llaman así porque estudian la Naturaleza, esto es, el mundo material, averiguando sus leyes y sus grandes aplicaciones á la vida: llámanse también

ciencias físicas de la palabra griega φύσις, *Naturaleza*; ciencias de hechos, ciencias experimentales y ciencias de observación, porque su primer fundamento es la experiencia, los hechos materiales y la observación externa, á diferencia de las llamadas ciencias especulativas ó racionales, que tienen por principal asiento la razón, los hechos intelectuales y la observación interna.

La base, pues, de las ciencias naturales son los hechos, los cuales se conocen por la observación y la experiencia; si bien por sí solos no constituyen la ciencia, mientras no se investigan las causas y se establecen principios, por medio del razonamiento, sobre los hechos observados, constituyendo estos dos términos la ciencia completa.

Y no se entienda por esto que nosotros neguemos la influencia de la Filosofía pura en las ciencias naturales, ni que pretendamos romper las relaciones que necesariamente existen entre todas las ciencias, como ramas que son de un mismo árbol; ántes por el contrario, creemos que todas han de estar íntimamente enlazadas entre sí, en un sistema general de conocimientos humanos, influyéndose mutuamente y progresando á la par, si bien cada una dentro de su círculo, con movimientos propios, no interrumpidos por las demás. Este es el sentido de las relaciones é influencia mutua de las ciencias entre sí, y por lo tanto, de la Metafísica pura en las ciencias naturales, pero de ninguna manera tomar aquella como el punto de partida, pues esto es desconocer el carácter de las ciencias experimentales y la Historia de su formación y desarrollo. Comprendemos el estudio prévio de la Lógica—como ciencia que es del conocimiento—para emprender el de toda ciencia; pero la Metafísica propiamente dicha, no es necesario que preceda al estudio de las ciencias de hechos, como pretenden algunos filósofos, que marchan por caminos extraviados y contrarios al progreso científico, cuando se empeñan en explicar los fenómenos naturales por los principios absolutos, que pertenecen á otro orden de conocimientos. Las ciencias experimentales tienen su Metafísica propia, constituida por sus principios,

establecidos por el razonamiento sobre los hechos observados y experimentados; viniendo despues el trabajo de relacion de dichos principios con los de la Metafisica propiamente dicha, y con los de las demás ciencias, para llegar á la síntesis de todas, en su unidad y relacion íntima.

Conforme con estas ideas, creemos, que para merecer el dictado de *sabio* el naturalista, el químico, el físico, etc., ha de completar sus conocimientos con los principios generales de Filosofia, así como el filósofo los ha de completar con los de las ciencias físicas y naturales; entendiendo así la *enciclopedia*, esto es, conocer las relaciones de todas las ciencias en el cuadro general de las mismas, no que un solo individuo conozca todas las ciencias en sus detalles, pues esto seria presuncion ridícula y por demás imposible en el siglo XIX. El que cultiva un orden de conocimientos, ha de saber las relaciones de éstos con los demás en sus principios generales, para contribuir todos al adelanto y progreso científico. El especialista consagrado exclusivamente al estudio de una ciencia, sin conocer sus relaciones con las demás, podrá ser útil para que otro se apodere de sus trabajos y los haga entrar en el concierto general científico; pero él no merecerá justamente el dictado de *sabio*, mientras no salga de su estrecha esfera y armonice sus estudios con los demás, conociendo las relaciones supremas de todas las ciencias y de todos los conocimientos humanos en su marcha progresiva, que es paralela y armónica, porque todos se necesitan y completan mutuamente; si bien la limitada inteligencia individual exige la division del trabajo, dedicándose cada uno á un ramo especial; á la manera que en una fábrica se ocupa cada obrero de una pieza determinada de las que componen un artefacto, el cual debe ser conocido por todos en su conjunto y modo de funcionar.

II.

Teniendo presente que las ciencias naturales constan de hechos y de principios, y que éstos han tenido que estable-

cerse despues del conocimiento de aquéllos, se comprende que la formacion de dichas ciencias ha debido ser lenta y trabajosa; así en efecto lo demuestra la Historia, que es el mejor maestro de la vida, y que mejor nos enseña los caminos por donde debemos seguir y los errores que hemos de evitar.

Los primeros hechos conocidos nacieron de las necesidades del hombre, de la industria y de las artes, y aunque eran muchos los que se conocian, no tenian relacion ninguna ni constituian ciencia, la cual no empezó realmente hasta que se establecieron principios; pudiendo afirmar, respecto de las ciencias naturales, que fueron desconocidas en la antigüedad y Edad Media, y que su verdadero desarrollo data desde la proclamacion del método experimental por Bacon, al empezar el siglo XVII, en el cual y en el siguiente aparecen como ciencias propiamente tales la Física, la Astronomía y la Historia Natural; y la Química á fines del siglo XVIII y en el presente.

Los egipcios, griegos y romanos conocian muchos hechos y reunieron gran número de materiales para las ciencias, de tal modo, que parecia natural que en la Edad siguiente á la antigua se hubieran establecido principios y constituido las ciencias experimentales, á no haber sido un sueño para el progreso científico el largo periodo de la Edad Media, por causas bien conocidas de todos. Los filósofos griegos, á pesar de sus esfuerzos por dar sistemas y teorías generales para explicar los fenómenos de la Naturaleza, no consiguieron el objeto que se proponian, porque era una síntesis prematura, carecian de los medios de experimentacion, y sobre todo, que el método que seguian para formar las ciencias era el método *á priori*; si alguna vez atendian á la observacion de los hechos, lo hacian de una manera secundaria, dando toda la importancia á la razon pura, desconociendo el verdadero origen y modo de formacion de estas ciencias. Hubo, sin embargo, un filósofo en la antigüedad, el gran Aristóteles, que combatiendo la doctrina de las ideas innatas del sublime Platon, atendió á la observacion y testimonio de los sentidos, si bien

no debemos creer por esto, que conoció el verdadero método experimental, aunque no podamos negar que la Filosofía aristotélica haya sido la base y el primer paso dado para la Filosofía Natural. Aristóteles nos dejó grandes pruebas de sus muchas observaciones en la *Historia Natural de los animales*, pero cuando quiso explicar los fenómenos físicos haciendo aplicación de ciertos principios generales que no habían sido inducidos de los hechos, llegaba en sus razonamientos á las consecuencias más absurdas, como puede apreciarse en la división de los movimientos en naturales y no naturales; en la teoría de los principios opuestos, caliente y frío, seco y húmedo; y respecto de las propiedades de los cuerpos, que según el estagirita provienen de cualidades ocultas, pasadas las cuales es inútil investigar más. Después de Aristóteles, su discípulo Teofrasto hizo muchas observaciones sobre las plantas; y el gran Arquímedes, aplicando la observación y estudio de los hechos, hizo importantísimos descubrimientos en la determinación de los centros de gravedad, en la teoría de la palanca y en los pesos específicos, estableciendo el principio general que lleva su nombre: también Hiparco, observando y estudiando metódicamente los hechos, descubrió la precisión de los equinoccios; y por último, no debemos pasar en silencio las muchas observaciones en las ciencias de aplicación que se encuentran en los libros antiguos de Hipócrates, Celso, Dioscórides, Plinio, Vitrubio, Columela, Séneca, Galeno y otros autores griegos y latinos.

Durante la Edad Media, el progreso de las ciencias se detuvo, entre otras causas, por la intolerancia y superstición que entonces dominaba; aunque se descubrieron hechos importantes por los árabes, principalmente los alquimistas, y en los siglos XIII, XIV y XV se hicieron notables inventos, no se siguió el método inductivo, á pesar de que recomendaron la observación de los hechos Alberto el Grande, Rogerio Bacon y Raimundo Lulio en el siglo XIII. Después en el siglo XVI criticaron el método vicioso que se seguía en los estudios científicos, Andrés Libavius, Bernardo Palissy, y sobre todos,

el sabio español Luis Vives, que precedió á Bacon en la proclamacion del método experimental, si bien el Canciller de Inglaterra se ha llevado la gloria, porque le elevó á sistema filosófico cuando publicó su *Novum Organum scientiarum* en 1620, demostrando que el único medio para el adelanto y formacion de las ciencias es la observacion y la induccion, partiendo de los hechos particulares al establecimiento de principios generales. Desde entónces se ha seguido el verdadero método experimental, que en manos del inmortal Galileo produjo los más asombrosos descubrimientos, á pesar de la tenaz oposicion de los escolásticos; continuando despues los grandes inventos y sorprendentes adelantos que han dado lugar á la constitucion de las ciencias en los siglos XVII y XVIII, incluso la Química, que ha sido la última en constituirse, desde que Lavoissier la dió el verdadero carácter científico.

III.

La Historia, pues, nos demuestra que el camino seguido para la formacion de las ciencias naturales ha sido primero de acumulacion de hechos y luégo el establecimiento de principios, y que cuando se han querido establecer éstos sin el número bastante de hechos, ó sin consultarlos, la ciencia que se ha formado ha sido falsa ó imaginaria; pudiendo citar numerosos ejemplos de los grandes errores cometidos, por haber sentado principios, sin estudiar préviamente los hechos, sin seguir el método inductivo.

Una teoría debe fundarse siempre en los hechos, y si falta esta condicion, es excusado empeñarse en sujetar á ella la explicacion de los fenómenos naturales, siendo tanto más aceptable, cuanto mejor explique éstos. Puede suceder, y sucede en efecto, que la teoría no sea verdadera, á pesar de tomar como punto de partida los hechos, por no haberlos observado bien, por no tener conocimiento completo de los datos ó

por no haberlos interpretado con exactitud, todo lo cual debe tenerse muy presente para proceder con acierto en las investigaciones científicas. Y cuando se advierte que, por no haber procedido bien, se han establecido principios falsos, se corrigen ó se sustituyen por otros ó nuevas teorías, pues lo que tenemos hoy por una verdad, puede demostrarse mañana que es un error; lo cual no se opone al progreso científico, teniendo presente que la ciencia humana es limitada, porque la humanidad es finita, pero que es susceptible de adelanto y perfeccion, porque la humanidad es progresiva, y como decía Pascal, puede considerarse como un solo hombre que se desarrolla y se continúa, aprendiendo sucesivamente y creando la ciencia.

Cuando en una ciencia determinada se han descubierto sus leyes y principios generales, aunque no sean todos, porque el término no le vemos, como no vemos el fin de la humanidad y sus progresos, el método de investigación adquiere la doble marcha del entendimiento, inducción y deducción, análisis y síntesis. No se descubre solamente por el método analítico, aunque sea el que precede al establecimiento de principios y el que ha servido y sirve para la constitución de las ciencias naturales, sino que cuando una ciencia tiene sus principios y leyes generales se desciende de éstos á los hechos y se descubre por la síntesis de una manera rigurosa y exacta, resultando entonces el verdadero método de la ciencia, el método orgánico, compuesto de análisis y síntesis que se completan mutuamente. La Química, que es una ciencia esencialmente práctica, nos ofrece ejemplos de investigaciones por síntesis. Berthollet estableció como principio general, que siempre que reaccionan dos sales por vía húmeda, hay descomposición, cuando se pueden formar, del cambio de ácidos y bases, una sal más insoluble; pues bien, Berthollet llegó á descubrir esta ley después de experimentar muchos hechos, de observar muchos casos de doble descomposición entre dos disoluciones salinas, y hoy nos servimos de dicho principio general para la obtención y descubrimiento de cier-

tas sales que seguramente no fueron conocidas por el inventor de la ley.

Las ciencias naturales, estudiadas como queda dicho, adelantan y progresan, descubriendo cada día nuevos principios y estableciendo teorías que constituyen la Metafísica propia de estas ciencias, en las cuales el sabio, el pensador encuentra grandes relaciones con las llamadas ciencias especulativas, sin que éstas sean, como han pretendido algunos, la base de aquéllas; pues como ya hemos manifestado, cada una tiene su círculo propio y procedimiento especial de formación, viniendo luégo el trabajo de síntesis de todas para constituir en último resultado la ciencia única y universal, que en su sentido más lato es la Filosofía en general, de la cual son partes integrantes todas las ciencias, desde la que estudia el insecto perdido en el polvo, hasta la que se eleva á las más puras abstracciones del espíritu.

En cuanto al método, tomando la cuestión en general, podemos decir que en su esencia es el mismo para todas las ciencias, aunque varíe de proceder al variar el objeto de conocimiento, pues el fin de toda ciencia es encontrar la verdad y ésta es una, debiendo, por lo tanto, ser uno también el método. Se dice generalmente que las llamadas ciencias especulativas se forman sólo por la razón y la meditación; pero esto no es completamente exacto, pues meditando y reflexionando se comparan y se relacionan ideas, habiendo, por lo tanto, una observación interna, una observación de ideas, de hechos intelectuales, para establecer los principios científicos; y respecto de las ciencias naturales, la observación de los hechos y la experimentación no basta por sí sola, si no se razona y se busca el principio, la idea en los hechos observados. La observación científica no es la vulgar, pues siempre entraña un razonamiento, siendo un hecho sin consecuencias científicas cuando se observan los fenómenos naturales y no se razona sobre ellos. ¿De qué sirve observar la caída de los cuerpos, si no se investigan la causa de esta caída y las leyes del movimiento? ¿De qué sirve observar los movimientos oscilatorios

de un cuerpo libremente suspendido de un punto, si en ellos no se ve el péndulo? ¿Qué importancia podrá tener observar las combinaciones de dos cuerpos entre sí, por ejemplo, el oxígeno con el nitrógeno en varias proporciones, si en estos hechos no se descubre el principio que rige á las combinaciones químicas, la ley de las proporciones múltiples? Hay, pues, en todas las ciencias observacion y razonamiento, y la diferencia entre las unas y las otras no es tan esencial y trascendental como generalmente se cree.

Otra cuestion de que debemos ocuparnos es del papel que desempeña el sentido comun en el estudio de las ciencias físicas y naturales, tanto más, cuanto hay filósofos que no admiten otro criterio de verdad, y sostienen que todas las verdades científicas son conocidas previamente por el sentido comun, sin más diferencia que en el conocimiento comun ó vulgar, no nos damos cuenta y razon de lo que sabemos, y en el conocimiento científico sí. Esto que es cierto en la mayoría de los casos tratándose de las ciencias especulativas, no lo es en las experimentales, que exigen particular estudio y medios de observacion y experimentacion que aquéllas no necesitan; así es que aunque muchos hechos conocidos por todos y las aplicaciones comunes á la vida hayan servido y sirvan de objeto de estudio á la ciencia, podemos decir en general, que la explicacion de ciertos hechos y las ideas admitidas comunemente acerca de los fenómenos naturales, están casi siempre en contradiccion con lo que enseñan las ciencias, siendo resultado de preocupaciones y creencias de la época y sobre todo de la falta de conocimientos y medios para discernir en asuntos que necesitan especial estudio. Así tenemos que el sentido comun condena á Copérnico; pues miéntras el comun de las gentes cree que el Sol gira alrededor de la Tierra, la ciencia demuestra lo contrario. Como principio de sentido comun está admitido que los cuerpos pesados caen y los ligeros ascienden, creyendo que la gravedad actúa sobre aquéllos y no sobre éstos, errores que sólo la Física puede desvanecer. Y así podriamos citar multitud de ejemplos de los muchos er-

ros que comunmente se admiten sobre las ciencias físicas y naturales.

IV.

Sentadas las bases anteriores para el estudio de las ciencias en sus relaciones con la Filosofía, vamos á examinar ahora si las teorías modernas que hoy se admiten se hallan conformes con los principios expuestos.

En primer lugar nos harémos cargo de la teoría general que la Física moderna admite, segun la cual la causa de todos los fenómenos ó cambios de los cuerpos es una misma, esto es, movimiento de la materia, ponderable (cuerpos) ó imponderable (éter,) de tal modo que la luz, el calórico, la electricidad, el magnetismo, el sonido, la afinidad química, la pesantez, etc., no son otra cosa que manifestaciones diversas de una misma fuerza, de un mismo agente mecánico, universal, que preside á todo, porque todo se mueve, cambia y se transforma, sin que haya en el universo un punto siquiera que permanezca inmóvil. Toda accion mecánica, toda fuerza se transforma sin que se aniquile nada ni se anule. Donde termina el calórico nace el movimiento, y donde cesa el movimiento nace el calórico. Una accion cualquiera, el choque, la presion, el rozamiento da lugar á la produccion de calórico, y éste á su vez produce fuerza y movimiento, resultando en todos casos transformaciones del agente mecánico universal, que en sus varias manifestaciones da origen á todos los fenómenos, así físicos como químicos. Tal es, en resúmen, la teoría del dinamismo universal que la ciencia admite hoy. Examinemos si está conforme con los principios expuestos en los capítulos anteriores. Desde luego advertimos que la teoría es general y tiende á encontrar la unidad en la variedad de hechos y fenómenos, satisfaciendo, por lo tanto, al principio de buscar las relaciones de las ciencias entre sí, para hacer la síntesis

de todas en su íntimo enlace con la Filosofía; y en cuanto á la verdad de la teoría y á su modo de formación, es indudable que satisface á las condiciones del método experimental, puesto que los principios se han establecido sobre los hechos bien observados é interpretados. En efecto, son innumerables los hechos en que está basada esta teoría y muchos los experimentos que se han practicado por Grove, Tindall y otros ilustres físicos, para demostrar la transformación de las fuerzas naturales y la unidad de las mismas en la inmensa variedad de sus manifestaciones, generalizando lógicamente para llegar á los principios que constituyen la teoría. Bastará á nuestro propósito citar, en comprobación de esto, el experimento que el sabio Grove hacia en sus lecciones, para demostrar cómo la luz puede transformarse en otras acciones físicas: colocaba una placa daguerreotípica sensible en una caja de madera llena de agua y tapada por un lado con una lámina de cristal cubierta con una pantalla; entre el cristal y la placa daguerreotípica ponía una tela metálica formada de hilos de plata, estando en comunicación la placa con uno de los extremos de un galvanómetro, y la tela metálica con el extremo superior de un termómetro de Breguet, uniendo por último los otros extremos del galvanómetro y del termómetro por medio de un hilo, y poniendo las agujas á cero. En el momento que se levanta la pantalla que cubria el cristal y se deja paso á la luz—que es aquí la fuerza inicial—se observan las acciones siguientes: una *descomposición química* en la placa fotográfica; *electricidad* que circula por los hilos; *magnetismo* que acusa el galvanómetro; *calórico* que indica el termómetro de Breguet y *movimiento* en las agujas. Hé aquí demostrado experimentalmente cómo la luz produce, ó mejor dicho, se cambia en una acción química, en electricidad, en magnetismo, en calórico y en movimiento. Citaremos también un hecho que puede apreciarse por todos y que nos permite ver claramente el cambio de calor en movimiento, y éste á su vez en calórico. Observemos lo que pasa en una máquina de vapor: la fuerza que produce el movimiento es originada

por el calórico que evapora el agua de la caldera, llegando el vapor á alta presión á un cilindro con un émbolo, el cual se eleva alternativamente y trasmite su movimiento á una resistencia, produciendo por consiguiente, el cambio del calórico en movimiento: éste á su vez se trasforma en calor, pues basta tocar las piezas de la máquina para sentir el calórico—que es el mismo que puso en movimiento la máquina—haciéndose más sensible, si de pronto se detiene aquella. En cuanto al calor que ocasionó la evaporación del agua, es producido por la combustión del carbon, cuyo fenómeno químico no es más que una oxidación, verificada por el continuo choque de átomos de oxígeno que se fijan sobre los del carbono, dando lugar en su movimiento al calórico y luz, de tal modo, que podemos decir que el carbon de piedra es un depósito de fuerza que el hombre puede utilizar á su antojo y trasformar en diversas acciones.

Los fenómenos químicos caben perfectamente en esta teoría, pues no son otra cosa que materia atómica en movimiento, átomos de los cuerpos que se combinan entre sí ó que se separan, en el movimiento de composición y descomposición de los mismos. La fuerza muscular producida por un animal reconoce el mismo origen, transformación del movimiento químico en calórico y de éste en fuerza ó trabajo mecánico, pues la Química fisiológica ha demostrado que el organismo animal, el trabajo de destrucción y renovación de las materias orgánicas es producido por verdaderas combustiones internas, siendo las materias combustibles los alimentos digeridos y absorbidos, y el cuerpo comburente el oxígeno del aire, introducido mediante la respiración, resultando de esta combustión intra-orgánica el calórico animal, que se transforma en movimiento, en trabajo mecánico.

En la Historia Natural ha aparecido también una teoría, que por su importancia y por el interés que ofrece en general ha llegado hasta el público no científico, excitando vivamente la curiosidad en nuestros días, á pesar de que la idea que envuelve no es nueva, pues ya fué emitida por el filósofo

griego Anaximandro en la antigüedad, y por Lamarck y otros naturalistas en los tiempos modernos. Esta teoría es la del *Darwinismo*, así dicha del nombre del naturalista inglés Darwin, que es el que más ha trabajado en la cuestión, empeñándose en demostrar que las especies se trasforman unas en otras, en contraposición de la mayoría de los naturalistas, que consideran la especie como una forma inmutable y fija. Darwin cree que la especie es una simple categoría trasformable, no admitiendo la realidad y fijeza más que en el individuo; como consecuencia de esto supone que todas las especies proceden de tres ó cuatro formas orgánicas primitivas, y aún cree que éstas pueden reducirse á una sola, de donde provienen las demás, admitiendo, por lo tanto, que las diversas especies son resultado de la trasformación de unas en otras, que han ido apareciendo sucesivamente en el globo en épocas distintas, al paso que muchas van desapareciendo, y cuyos restos nos ha dado á conocer la Paleontología. Apoya esta teoría el célebre naturalista inglés en la tendencia á la variabilidad de los seres vivientes, y cree que si el hombre ha conseguido modificar las especies, tanto animales como vegetales, creando razas y variedades, la Naturaleza puede hacer modificaciones más profundas, trasformando las especies unas en otras en las grandes edades del mundo, por la influencia de las variaciones físicas del globo y de los cataclismos que han ocurrido; explicando las trasformaciones por la *selección natural*, ya las haga el hombre de una manera metódica ó de una manera inconsciente, ya las haga la Naturaleza en el largo trascurso de los siglos.

Esta teoría, que á primera vista seduce, sobre todo, leyendo los brillantes escritos de Darwin, no resiste, sin embargo, á un análisis formal, colocada en el terreno de la práctica y á la luz de los principios del método experimental. Los hechos que hasta ahora se han observado sólo nos autorizan á admitir que las especies orgánicas pueden modificarse en lo que tienen de accidental, resultando las razas y variedades, pero en lo que tienen de permanente, en lo que cons-

tituye el verdadero carácter específico, no se conoce un caso siquiera que demuestre la trasformacion de una especie en otra; y respecto de los descubrimientos de la Paleontología, en que se apoyan los darwinistas, más bien se oponen á su teoría, pues, los restos de animales más antiguos que se han conservado de los primeros tiempos de Egipto no difieren sensiblemente de las especies actuales, y entre los fósiles que se han descubierto, no se encuentran los grados intermedios que necesariamente debian hallarse en el paso de una especie á otra. Resulta, pues, que la teoría de Darwin, tal como él la admite, no es más que una hipótesis exagerada que traspasa los límites de lo observado, llegando sus partidarios hasta el extremo de suponer que el hombre, el único sér dotado de razon y de la palabra, puede proceder de otra especie zoológica.

Nos harémos tambien cargo, aunque sea brevemente, de la teoría de los *Tipos químicos*, que tiende á demostrar la unidad de composición de todos los cuerpos, refiriéndolos á tres ó cuatro tipos, á tres ó cuatro moldes, que son los siguientes:

1.º—El *tipo hidrógeno* $H \left\{ \begin{array}{l} H \\ H \end{array} \right.$. . . (monodinamo). . . .
(al que puede referirse el tipo ácido clorhídrico $H \left\{ \begin{array}{l} Cl \\ H \end{array} \right.$).

2.º—El *tipo agua*. . . $\left. \begin{array}{l} H \\ H \end{array} \right\} O^{\circ}$ (bidinamo).

3.º—El *tipo amoniaco*. . . $\left. \begin{array}{l} H \\ H \\ H \end{array} \right\} N^{\circ}$ (tridinamo).

4.º—El *tipo formeno* ó hidrógeno protocarbonado $\left. \begin{array}{l} H \\ H \\ H \end{array} \right\} C^{\circ}$
(tedradinamo).

Con arreglo á estos cuatro tipos, ó moldes primitivos, representan muchos químicos modernos las combinaciones y sustituciones mútuas de los radicales mono, bi, tri y tetradinamos de todos los cuerpos, tanto minerales como orgánicos; pudiendo reducirse dichos tipos á uno solo, al $H \left\{ \begin{array}{l} H \\ H \\ H \end{array} \right.$ más ó ménos condensado, en esta forma:

- 1.º—H { H. hidrógeno.
 2.º— $\left. \begin{array}{c} \text{H} \\ \text{H} \end{array} \right\} \text{H}^2. \text{hidrógeno bicondensado.}$
 3.º— $\left. \begin{array}{c} \text{H} \\ \text{H} \\ \text{H} \end{array} \right\} \text{H}^3. \text{hidrógeno tricondensado.}$
 4.º— $\left. \begin{array}{c} \text{H} \\ \text{H} \\ \text{H} \\ \text{H} \end{array} \right\} \text{H}^4. \text{hidrógeno tetracondensado.}$

No puede negarse que la teoría es ingeniosa y que en su origen se atendió á los hechos observados en las sustituciones de los cuerpos, especialmente en el tipo $\left. \begin{array}{c} \text{H} \\ \text{H} \\ \text{H} \end{array} \right\} \text{N}^m$; pero al de-

sarrollar la teoría y tratar de uniformar la constitucion de todos los compuestos químicos, se han supuesto la mayor parte de las sustituciones y derivaciones, hasta el punto que vemos representado un mismo cuerpo por fórmulas típicas diversas, segun los autores, así como tambien difieren en cuanto al número de tipos. Esta arbitrariedad hace dudar desde luégo de la teoría, pues no es posible admitir que las sustituciones se verifiquen á gusto de cada autor, y áun en el caso de que los partidarios de los tipos convengan en este punto esencial, tampoco podemos admitir como real la agrupacion molecular que expresan las fórmulas típicas, y mucho ménos las sustituciones que se suponen, cuando no son resultados de los hechos ni se demuestran experimentalmente. Esto es hacer de la Química—que es esencialmente práctica—una ciencia de cuerpos ficticios y sin realidad, como lo son los grupos moleculares que se supone intervienen en las reacciones químicas. El célebre Wurtz, el más hábil defensor de la teoría de los tipos, no puede ménos de confesar esto mismo, cuando dice en su *Filosofía química*, que «las fórmulas típicas no indican el verdadero puesto de los átomos, ni los miembros que en ellas aparecen aislados representan grupos que positivamente

ocupen en la molécula el lugar que la fórmula les asigna.» Sobre lo cual llamamos la atención de los químicos que han adoptado la teoría de los tipos sin reserva ninguna, como si fuera la expresión fiel de los hechos; siendo así que únicamente puede considerarse como una hipótesis ingeniosa, admirable, que nos manifiesta, no la realidad, sino solamente la manera como podría representarse la composición de todos los cuerpos y sus relaciones referidas á cuatro tipos primordiales.

Por no alargar estos artículos no examinamos otras teorías que hoy dominan en las ciencias, bastando para nuestro propósito haberlo hecho de las más generales y que más llaman la atención en la actualidad.

GABRIEL DE LA PUERTA,

Catedrático de la Facultad de Farmacia de Madrid.

(Revista de la Universidad de Madrid.)

BREVES CONSIDERACIONES
SOBRE
LA PATRIA POTESTAD Y LA LEGITIMIDAD
DE LOS HIJOS.

En uno de los anteriores números de esta REVISTA, dejé aplazado para otro lugar el exámen de importantísimas cuestiones de derecho iniciadas por el Sr. Crouseilles, á propósito de la situacion de los hijos, admitido que fuese el principio de disolubilidad del matrimonio; principio que entonces combatí señalando los males á que es ocasionado.

Decía el Sr. Crouseilles en su juicio crítico de la obra de Feydeau intitulada «Daniel», que la condicion legal de los hijos legítimos é ilegítimos, se resuelve y determina por el desenvolvimiento práctico de un plan, que desde luego propone y cuyas bases esenciales tienden á establecer la igualdad de la descendencia ante la madre, el derecho de aquellos á reclamar de ésta su filiacion, la obligacion de la madre de darles educacion y alimentos y su facultad de administrar los bienes de toda clase de sus hijos.

Es una verdad, cuya realidad tristísima la notará conmigo el Sr. Crouseilles, que las costumbres alcanzan de dia en dia un grado más de perversion: los vicios y las malas pasio-

nes cunden y se desarrollan hoy con tan vertiginosa rapidez, que no parece sino que intentan sobrepujar al hombre mismo en sus modernos descubrimientos de la electricidad y el vapor: donde quiera que la humanidad se agita, allí hay un gérmen inagotable de corrupcion, allí este mónstruo venenoso inficiona con su aliento emponzoñado el aire que se respira; y no es que la humanidad lleva en su corazon infiltrado el mal como principio dominante de sus actos; no: es que predispuesta al vicio tanto como á la virtud, inclinase al uno ó á la otra al compas de las primeras inspiraciones que recibe. Hé aquí la clave de su bondad ó maldad futuras; y como no siempre aquellas primeras inspiraciones se dan con el celo conveniente para difundir sobre cimientos perfectamente sólidos las ideas de la moral más pura, de ahí es, que el ser, envilecido en su infancia, merced al abandono y aun lo que es peor, al mal ejemplo de aquellos, que la Providencia llamó en primer lugar á ser sus preceptores, comienza á ejercitar sus facultades en el vicio, apresurándose á borrar del alma toda nocion de lo bueno y de lo justo.

Vemos así, que el mal se reproduce incesante con las generaciones, y creyéndolo ya inevitable, admitiéndolo quizá como una ley invariable de la humanidad, vámosle sancionando sucesivamente derechos sobre derechos, hasta que le hagamos plaza entre nuestras instituciones. Lamentable error en que la razon incurre! porque ó la natural tendencia del hombre tiene su fuerza impulsiva en el bien, cual yo lo creo, ó sus inclinaciones propenden fatalmente al mal: si lo primero, la enfermedad es curable ¿á qué pues, abandonar el enfermo á la muerte?

Ahora bien, concretándonos al caso que hoy debe ocupar nuestra atencion, la existencia de hijos no legítimos envuelve la idea de una inmoralidad y es realmente consecuencia del vicio. ¿Acaso no debe ser este combatido? ó es que segun la forma en que se nos presente, así ha de recibir ó no nuestras repulsas? Si como parece racional los esfuerzos comunes deben enderezarse á estirarlo, el medio propuesto por el señor

Crouseilles, sobre no llenar cumplidamente sus aspiraciones, es del todo inadecuado al caso.

Cierto que en el estado actual de cosas hay que lamentar en eso algo que causa dolor: tal es la triste situación de aquellos desdichados seres, que sin conocidos padres, viven inhumanamente despreciados por la sociedad. ¡Como si la sociedad no fuese verdadera responsable de su bochornosa existencia! ¡Como si quisiese remediar sus errores añadiendo á su ignominia la más bárbara crueldad!

Pero si la sociedad culpable está en el caso de sobreponer el reconocimiento de su falta á esas necias preocupaciones, que en último término refluyen contra ella; se debe prescindir de todo, recibiendo en su seno, sin ridículos reproches, á esos hijos nacidos de su torpeza, la ley ya es otra cosa; la ley no puede ni debe elevarlos al nivel de los hijos legítimos, porque eso sería desconocer por completo las reglas universales de la moral y del derecho.

Conocido el principio generador de esos males ataquémosle pues, en sus cimientos hasta hacerlo desaparecer de nuestro suelo; que de sobra hay medios para ello, si no de muy inmediatos resultados, al menos no tan escandalosos como un vergonzoso reconocimiento de lo inmoral; y es indudable que entonces nada habría que echar en cara á la dureza aparente de determinadas instituciones, dureza que es de todo punto indispensable para sostener su prestigio á la debida altura y cuya presión cesaría con la reforma de las costumbres: *sublata causa, sublatus effectus*.

Pero si el Sr. Crouseilles cree que su proyecto encierra el verdadero antídoto contra la situación difícil de los hijos, dada la opinión, que sustenta, favorable al divorcio, una breve y desapasionada meditación acerca del caso, imprimirá en su ánimo el íntimo convencimiento de lo contrario.

En conjunto ese proyecto, reducido á la práctica, traería consigo una enorme desorganización social fecunda en grandes perturbaciones. Desde la simple dignidad del hombre hasta sus más sagrados atributos, todo, absolutamente todo,

lo trastorna, y haciéndolo descender de su altísima misión á la triste condición del bruto, se anula su actividad y se le priva bruscamente de sus respetabilísimos derechos de familia, y no pára en esto, sino que avanza á derrumbar alguna que otra institución no ménos digna de respeto.

Los hijos sean iguales ante la madre y lleven su apellido, dice el crítico de Feydeau; y aunque tan sencillísimo precepto parece de escasa importancia tiene mucha sin género alguno de duda. Nuestras leyes conceden á los hijos ilegítimos respecto de la madre los mismos derechos, sea cualquiera el origen de su nacimiento, y se los conservan íntegros, á no ser cuando también los hay legítimos; la diferencia legalmente sancionada entre los primeros y los últimos es consecuencia lógica de su diversa procedencia, por que, ó el matrimonio tiende á moralizar la propagación de la especie ó es una institución supérflua; si lo primero, las generaciones procedentes de él, como derivadas de una fuente lícita deben gozar, como en efecto gozan, señaladas preeminencias sobre las otras generaciones que traen causa de un desdichado extravío: los hijos legítimos investidos de la pureza de su origen son justamente considerados en la plenitud de sus derechos de familia, y en sus relaciones con esta alcanzan mayor suma de beneficios que los ilegítimos. El derecho, sin embargo, no envuelve en su rigor, el total abandono de los últimos, y prueba de ello es que hay un precepto vigente, que impone á la madre el deber de alimentarlos sin distinción entre naturales y espúreos. El efecto más duro que produce esa distinción legal, si materializamos el caso está principalmente en el orden de sucesión, porque de ella quedan excluidos, cuando hay legítima descendencia y solo en su defecto son herederos forzosos los naturales y espúreos, salvo si han nacido de dañado y punible ayuntamiento. Entiéndase que esto es, respecto á la sucesión materna, pues en cuanto al padre, si bien puede instituir herederos á sus hijos naturales en la acepción legal de la frase con preferencia á sus ascendientes, ab-intestato tienen solo derecho á una sexta parte de sus bienes.

Sin detenerme á examinar en este momento la limitacion impuesta al testador en órden á la última disposicion de sus bienes, que no otra cosa significa en mi concepto la existencia legal de herederos forzosos; pasando pues por alto una sancion que menoscaba así el principio de propiedad sin ser por eso firme garantia de sus derechos para aquella clase de herederos; veo que las disposiciones citadas anteriormente, guardan perfecta armonía con la distinta consideracion, que á los ojos del legislador merecen los hijos legítimos y los ilegítimos; y aquí repetiré, que si el derecho, por acercarse, cual debe, á los principios universales de la moral, reconoce esas distinciones, sus efectos son puramente jurídicos, y con ellas no ha querido en modo alguno inspirar al hombre el desprecio cruel de aquellos seres que ha hecho desgraciados: despues de todo, la ley más humana con ellos que la sociedad, no los deja entregados á su infortunio, sino que solicita procura su conveniente educacion y subsistencia, y hasta descubre en su espíritu el noble fin de borrar de su frente la nota de infamia con que los tilda el mundo.

En buenos principios de derecho no cabe asignar á los hijos ilegítimos la misma consideracion legal que á los nacidos dentro del matrimonio; porque mientras los unos hacen inducir la idea de una infraccion manifiesta de las reglas de la honestidad, ó quizas de la existencia de un crimen, los otros tienen su origen de un consorcio lícito, que es á la vez perfectamente ajustado á las exigencias de la buena organizacion de la familia y de la sociedad: por eso su legitimidad, que es uno de los efectos del matrimonio les atribuye importantes preeminencias.

Y ahora que de legitimidad hablamos como efecto jurídico del matrimonio, creo muy oportuno recordar aquella máxima de derecho, *pater est quem justae nuptiae designant* á propósito de la tercera base aceptada por el Sr. Crouseilles.

El hijo nacido en matrimonio es legalmente reputado legítimo, mientras no se pruebe lo contrario, no obstante el caso de adulterio y, aunque la madre afirme su ilegitimidad.

Fúndase la ley en «el misterio que envuelve la generacion, »misterio impenetrable para la madre misma; en el peligro »de que el marido, ofendido en su honra, pudiera abusar de la »debilidad de la muger culpable arrancándole una confesion »que no se podria saber si tenia de verdadera más que el re- »conocimiento de la falta cometida, y en el derecho sagrado »del inocente hijo, cuyo estado civil no debe hallarse á mer- »ced de las pasiones de sus padres.» ¿Cómo pues, admitir en términos absolutos un precepto despiadado, que arrebatara al hijo juntamente con el dulce placer de dar el nombre de padre á aquel de quien recibiera su existencia, los más importantes derechos que la legitimidad confiere? ¿Es acaso, suficiente que coincida con la concepcion del hijo el adulterio de la madre, para declararlo adulterino? La trascendencia de un fallo semejante exige pruebas tan claras como la luz: trátase de una cuestion vitalísima para el porvenir del hijo, y no es lícito resolverla con inconsciente ligereza.

Pero lo que hay de grave y verdaderamente trascendental en el proyecto del Sr. Crouseilles es la teoría sobre abolicion de la patria potestad y de los derechos y deberes que de ella se derivan, y la trasmision de estos á la madre, bajo el nombre de tutela, con la espresa obligacion de alimentar y educar á sus hijos.

El derecho de patria potestad y la capacidad juridica de la mujer casada son cuestiones que reclaman un detenido estudio por su importancia en la organizacion y régimen de la familia.

Veamos, pues, ante todo para sacar su aplicacion cuales son los derechos que deben corresponder y corresponden al marido y padre de familia.

Por más que hoy es un hecho la emancipacion de la mujer relativamente considerada á antiguas costumbres bárbaras, por más que la civilizacion progresiva de la raza humana ha ido reivindicándole su propia personalidad; hay que reconocer en el hombre, respecto de ella, cierta superioridad de facultades que, en cuanto á su dignidad le hacen sin duda de mejor

condicion. Por eso el hombre, con sumo acierto reputado, cabeza y brazo del organismo político-social, es en el matrimonio la encarnacion genuina del poder.

Sin menoscabar en nada la base de igualdad, sobre la cual descansa aquel vínculo, base solo admitida con respecto á la mútua posesion; al marido pertenece justamente en la familia el puesto de gefe soberano, es claro que con las limitaciones que la prudencia aconseja.

Si el poder sobre los hijos por naturaleza y por derecho es propio del padre y de la madre; mientras subsisten ambos, la razon demuestra por sí sola que la preferencia para el ejercicio de aquel derecho debe reconocerse al primero, porque su investidura de gefe de familia envuelve entre otros ese importante atributo.

Pero si violento es arrancar ese derecho al padre para trasladarlo simplemente á la mujer, aun es más grave suprimirlo y borrar por completo de las leyes hasta su nombre.

La patria potestad es la base indispensable del régimen doméstico: investido por ella el padre del triple carácter de legislador, juez y tutor de sus hijos, les traza sus reglas de conducta, puede corregirlos y castigarlos, cuida de su [educacion y subsistencia y los representa legitimamente en todos los actos jurídicos; y es de tal significacion en la sociedad, que constituye dentro de ella un poderoso elemento de orden: así llegaronla á mirar en Roma, como una de las primeras fuerzas del Estado, y eleváronla á la altura de un verdadero sacerdocio.

La abolicion de ese poder sería un acto atentatorio á la existencia del cuerpo social, que encuentra en él un freno á los impulsos de la inesperta infancia, y es, cuando se desempeña á la altura de sus fines, efficacísimo medio de dar al Estado miembros de provechosa utilidad.

Afortunadamente se trata de una institucion, que el amor y la naturaleza vigorizan de tal modo con su sávia, que nada conseguiríase aboliéndola; porque, arraigada en lo más íntimo del corazon humano, permanecería en el hecho subsistente y viva, con toda la plenitud de su actividad.

No creo al Sr. Crouseilles partidario de la total supresion de la potestad pátria. Yo entiendo, en el espíritu de su proyecto, que desea mantener íntegros sus atributos bajo una nueva denominacion, que dicho sea de paso no cuadra perfectamente á aquella, porque entre lo que debe ser la pátria potestad y lo que es la tutela hay marcadisimas diferencias. Pues bien, con el nombre de tutela, siquiera sea impropio, quiere que se confieran á la madre los derechos y deberes que pertenecen al padre con relacion á sus hijos.

Si el primer puesto en la familia es propio absolutamente del marido, como queda demostrado, racional y lógico será reconocerle tambien su primacia respecto de los derechos comunes al matrimonio sobre su descendencia.

Pero es que, para transmitir á la mujer en vida del marido sus derechos y deberes, hay otra dificultad no ménos grave.

La capacidad jurídica de la mujer casada, contenida hoy en ciertos límites aconsejados por su condicion, habria que ampliarla indefinidamente elevando su personalidad ni más ni ménos que al nivel de la del hombre; y convengamos que esta emancipacion total, que esta verdadera autonomía jurídica del sexo que forma nuestros encantos, sería un peligro inminente contra el buen órden de la familia.

Y no se crea inspirada esta opinion en el mero placer de degradar á la mujer: su debilidad, y el reconocimiento de la dignidad del sexo á que el hombre pertenece sirven de apoyo á la ley, que la somete á la autoridad del marido en cuanto puede relacionarse con los intereses de la sociedad doméstica.

Si existiendo el matrimonio exoneramos al marido de sus derechos y deberes para con la sociedad conyugal y con sus hijos, y los asignamos á la mujer, habremos hecho un desdichado cambio de papeles, altamente depresivo para el hombre. Porque es claro; aquella trasmision de derechos supone la necesidad de eximir á la mujer de todo vínculo de sumision al marido, de quien se la declara independiente con sus hijos, al mismo tiempo se le crea una situacion difícil aglomerando en ella todas las obligaciones del jefe de familia.

Al sancionar como principio general este cambio de derechos y deberes menester sería por lo que á estos toca, colocar á la mujer en aptitud de cumplirlos, darle medios convenientes para no faltar á ellos. ¿Y cómo se les facilitarían estos medios? Proclamando su exaltación á los cargos viriles, es decir haciéndola desempeñar no solo en la familia sino que también en el Estado los oficios del hombre? *Risum teneatis?*

Tan extraña solución es verdaderamente quimérica: la misión de la mujer es otra menos peligrosa y más análoga á sus fuerzas físicas y morales. ¿Por qué, apartarla de ella exponiéndola á una lucha en que perecería?

No sin razón el más sábio de nuestros códigos, prohibiéndole el ejercicio de ciertas profesiones porque «no sería cosa gui-»sada nin honesta, dice, que la mujer estuviese entre la mu-»chedumbre de los hombres.» Dejémosla permanecer en el hogar doméstico, que allí tiene altísimos deberes que cumplir ya inoculando en sus tiernos hijos el pudor y la virtud ya influyendo cariñosamente en la conducta del esposo.

En resumen: el proyecto del Sr. Crouseilles es imposible en el terreno práctico, y en cuanto á sus teorías, contrario á los principios del derecho y la moral.

ANTONIO GIL.

LOS PÁJAROS

(NOVELA AÉREA.)

Unos vuelan y otros andan. El que traté en mis estudiantiles años, volaba. Era un gorrion que cuando yo abría la ventana de mi bohardilla saltaba del nido al alero del tejado y apuraba el repertorio de sus sinfonías. Nuestra amistad no se hizo improvisadamente: el primer día se echó á volar al verme; el segundo me interrogó con sus negros ojos, y el tercero conociendo que yo era moro de paz, vino á comer unas migajas de pan que le ofrecía en la palma de mi mano. Desde aquel momento fuimos dos buenos camaradas y todas las tardes picoteaba mis cristales anunciándome su presencia. Yo abría y le desmenuzaba sobre el alfeizar una buena miga que de mi escaso pan le conservaba siempre á costa de mi estómago, entonces tenía lugar una escena sumamente interesante: el pájaro cojía con su pico los pedazos mas grandes y los llevaba á sus hijuelos, después volvía y repetía la operacion, reservando para él la parte mas pequeña.

Aquella delicadeza de sentimientos me movía frecuentemente á reflexionar, y hubiera hecho de mí un gran filósofo á no inspirarme mis escasos veinte años la idea de que ya lo era.

El desprecio que yo sentía por cuanto me rodeaba en la vida y el punto de vista en que solía colocarme para juz-

gar pasiones, hombres y cosas, me acercaban tanto al pájaro cuanto me alejaban de la sociedad; así es que llegó día que solo á él tuve por amigo y á él solo dediqué el tesoro de mis afectos.

No he de decirte, lector, la manera que tenia mi ahijado de manifestarme su amistad: aquello era muy superior á lo que se vé entre los hombres; y si fingia ¡por mi vida! que lo hacia á las mil maravillas el miserable gorrion.

Una tarde abrí la ventana y no encontré á mi amigo; era la primera vez desde que nos conocíamos que aquello sucedia.

—Alguna cosa muy extraordinaria ocurre,—decíame yo—cuando *ese* no ha venido. ¿Tendrá enfermos en casa ó tal vez el gato del vecino?...

Y ya iba á echar á volar la imaginacion cuando oigo su arpada voz, que me llamaba con los tonos que él acostumbraba hacerlo. Levanto la cabeza, dirijo mis ojos á todas partes y no lograba ver nada, cuando se deja oír una voz mas melódica, mas acompasada, mas tierna que la de mi amigo, que me dice:

—Aquí, caballero, aquí está el ingrato.

Aquellas palabras habian salido de una bohardilla enfrente de la mia; pero me era imposible ver quien las habia pronunciado. Una ancha cortina de enredaderas y campanillas azules, cubria literalmente la ventana, velando así Flora á las miradas de los mortales los misterios de aquel templo. Se conocia que allí reinaba una mujer que alegraba aquel estrecho recinto con su presencia. Pronto me convencí de ello cuando ví aparecer una mano de nieve que levantó una punta de la cortina dando paso á la cabeza mas seductora que recuerdo haber visto en mi vida. No la describiré. Tú, lector, habrás tenido, supongo, veinte años y habrás amado; pues bien, adjudica á aquella mujer la cara que mas haya turbado tu reposo y tendrás un retrato de mi vecina. Permíteme, sin embargo, que te diga que tenia diez y ocho años, los ojos

y el pelo negros y que su blancura era nítida. Es una observación precisa.

Cuando mi vecina levantó las enredaderas, pude ver en efecto que mi camarada estaba allí en sabrosa plática con ella y que se entendían perfectamente: eran dos pájaros: el uno volaba y el otro andaba.

Sentí un impulso de odio hacia aquella mujer que trataba de robarme lo único que hacía mi soledad menos amarga, el cariño de un pájaro. Pero en aquel odio expresaba yo más que otra cosa una aversión convencional, porque confieso que una sola mirada de los ojos de mi enemiga bastó para subyugarme.

..

—¿Comprendo la preferencia de mi amigo,—dije á mi vecina.

—Se equivoca usted,—me contestó;—ha entrado aquí acosado y se ha refugiado en mi falda.

Yo lancé un suspiro.

—Y no hay que culparlo de ingratitud,—añadió—puesto que tan pronto como lo ha visto á usted lo ha llamado...

—Sí, pero no ha venido.

La niña se sonrió de una manera encantadora.

—No quiero inspirarle á Vd. celos,—dijo,—y voy á remediar la torpeza de este atolondrado. Vamos, *Bibí*, márchate; vé con tu amo...

El pájaro apesar de oirse llamar por su nombre, es decir, por el nombre que yo solía darle, permaneció inmóvil. Posado en el alfeizar de la ventana y fijos sus ojos en el rostro de mi vecina, se le hubiera podido tomar por un amante metamorfoseado en ave en virtud de una sentencia olímpica.

--Ya vé usted con que poca fuerza suena mi nombre en los oídos de ese pájaro ayer tan fiel á mí; pero, ¿cómo es que sabe usted su nombre?

—Como sé el de usted.

—Sabe usted tambien el mio?—exclamé sin poder reprimir mi alegría.

—Sí. Y no tiene eso nada de estraño. Asisto sin querer todos los dias á las conferencias que celebra usted con su pájaro, y como le habla Vd. en voz alta oigo todo lo que le dice.

—Sí, pero no le digo mi nombre; *Bibí* mismo ignora como me llamo.

La muchacha, que se sintió cojida, se puso colorada como un pavo.

—Recuerde Vd.,—balbuceó,—que mas que en su cuarto vive Vd. en la ventana....

—Es cierto; pero como aquí no viene nadie, no recuerdo haber pronunciado mi nombre jamás en este sitio.

La turbacion de mi vecina subió de todo punto; sin embargo debió tomar su partido porque calmándose de repente, me dijo:

—Voy á ser á usted franca á riesgo de que interprete Vd. mis palabras. Hace tiempo que vengo observando á Vd. desde esta ventana y á través de estas flores; sin usted saberlo ni sospecharlo he asistido á escenas que me han conmovido tan profundamente que he sentido deseos de saber su nombre de Vd... No sé si estará bien que yo diga esto; pero en fin ya he empezado y quiero terminar. Para averiguar lo que me proponia, me he valido de la portera que me ha dicho que se llama usted...

—Pedro.

—Eso es Pedro.

Hubo un momento de silencio durante el cual yo reflexioné. Las palabras de aquella niña no se prestaban á interpretacion de ninguna especie; habian sido expresadas con tal ingenuidad, con un candor tan sencillo, que interpretarlas hubiera sido violentarlas.

La miré fijamente y me vi obligado á bajar los ojos; tan pura, tan franca era aquella mirada.

—Es usted muy buena,—la dije;—y mi pájaro no sabe

lo que gana cambiando su corazón de Vd. por el mío; pero ya que me ha hecho Vd. el honor de averiguar mi nombre, ¿podré aspirar á la dicha de saber el de Vd., de sus propios labios?

—Mi nombre? Es muy feo. Me llamo Teresa.

..

A la tarde siguiente un ruido de alas me anunció la presencia de *Bibi* en la ventana. Lo recibí cariñoso como siempre, pero noté en él cierta reserva que me disgustó: indudablemente amaba á Teresa y adivinaba que yo podía ser su rival.

Me llamó la atención un papel doblado que traía al cuello pendiente de un cordón de seda y me apresuré á quitárselo. Era de Teresa, estaba dirigido á mí y decía lo siguiente: «No vuelva usted á llamarme como esta mañana; y aunque me vea usted luego detrás de la cortina, no me dirija la palabra. Me observan.»

Arranqué una hoja de mi cartera y escribí en ella: «Tengo necesidad de hablar con Vd.»

Bibi se encargó de este mensaje, y á los pocos momentos tenía yo la contestación en mi poder. Decía así:

«Esta noche á las doce.»

..

A las doce menos cuarto en punto, apagué la única luz que había en mi cuarto y me senté en el marco de la ventana. La noche estaba oscurísima y ni una sola estrella se dejaba ver en el cielo.

Esperé.

Dieron las doce y Teresa no salió. Atribuí aquella tardanza á alguna causa ajena á su voluntad y seguí esperando; pero trascurrió media hora, una hora, y la ventana permaneció cerrada; entonces comprendí que mi corazón estaba mas

interesado por aquella mujer de lo que imaginé en un principio. En efecto, sus palabras de la tarde anterior me habían evidenciado de una vez el fondo de su alma, y yo empezaba á querer á aquella niña con un amor mas violento aun que el de los sentidos, con el amor que crea la ternura.

De repente se abrió la ventana de la bohardilla de Teresa y creí distinguir un bulto que se movía. Era ella.

—¿Teresa?..—murmuré en voz baja.

—Sí, yo soy,—me contestó en el mismo tono;—pero esta noche es imposible que hablemos; además *Bibi* está aquí y me mira con unos ojos, que créalo usted, me dan miedo...

—Cómo! Está ahí *Bibi*?

—Si señor.

Ya no podía quedarme lugar á duda: *Bibi* era mi rival y amaba á Teresa; su conducta lo evidenciaba.

—Teresa,—la dije,—es muy breve lo que tengo que decir á usted; tal vez usted lo habrá ya adivinado....

—Yo....

—Sí. Ayer lo ignoraba yo mismo; pero en este momento veo claro y soy un hombre distinto del que antes era; porque yo que en nada creía, creo ahora y empiezo á amar cuanto me rodea... y es usted, usted sola la que me inspira esos nuevos sentimientos. ¿Debo ser mas explícito?— Pues bien, mi alma es de usted, Teresa!...

No pude terminar la frase: un golpe seco, duro, como el que produce la caída de un cuerpo en tierra, me interrumpió; á aquel ruido siguió un grito ahogado y ya no pude oír más. La ventana fué cerrada con tanta violencia que el pobre *Bibi*, testigo mudo cuanto interesado de todas aquellas escenas, emprendió azorado el vuelo yendo á posarse en el alero del tejado.

Yo quedé atónito; atónito de tal modo, que no sabía que partido tomar en circunstancias como aquellas tan fuera de lo comun.

¿Qué era lógico suponer de la escena que acababa de tener lugar?

¿Se manifestaba en aquellas violencias el rigor de un padre, la celosa vigilancia de un hermano ó la indignación de un marido?

¿Quién era Teresa?

El billete de aquella misma tarde venia á comprobar uno de estos tres juicios. *Me observan*, decia. Y, quién podría tener interés en observarla sino un padre, un hermano ó un esposo?

¿Sabria *Bibi* algo de todo aquello? ¿en su cualidad de pájaro habria quizás penetrado mas que yo?

Lo llamé y enseguida lo tuve á mi lado.

—*Bibi*,—le dije,—estoy muy disgustado contigo; trasnochas.

—*Bibi* bajó la cabeza.

—Y eso no está bien,—continué;—tienes una mujer que merece otra conducta de tu parte, é hijos á quienes debes un ejemplo honesto.

Bibi continuó guardando silencio.

—¿Qué hacias en la ventana de Teresa?

Bibi no daba muestras de estar vivo; hubo un momento en que lo creí *disecado*.

—Ah! *Bibi*,—esclamé con hipócrita amargura,—tú la amas!

—No!—moduló *Bibi*.

—No? ¿no la amas?—añadi con todo el egoismo de un rival que gana la partida,—¡loado sea Dios! que peso me quitas de encima! ¡Y yo que creía que tu eras mi rival... porque sábelo, *Bibi*, yo amo á Teresa!

Bibi oyó aquella descarga firme como un granadero de la Guardia; prueba de que hay pájaros que valen mas que muchos hombres.

—¿Qué hacias, dime,—añadí,—cerca de ella? Ah! cariñoso amigo, ya lo sospecho: vigilabas, observabas por mí, no es eso?

Sí,—moduló el pobre pájaro, en un tono tan amargo que creí que se le desgarraba la garganta.

No era posible llevar mas allá el sacrificio. Ah! fiel *Bibi*, si en esa progresiva transformacion que constantemente opera la muerte has ascendido y vives hoy en el perfumado seno de una flor rara y hermosa ó en el cerebro de uno de esos lindos *bebés* que me paro á contemplar todos los dias en el Retiro, ¡qué Dios te haga mas feliz que antes lo fuiste!—que yo, espíritu egoista que no dudé un momento en sacrificarte en aras de mi felicidad, me arrepiento de lo que hice y si hoy se reprodujera el tristísimo episodio que relato.... volveria á sacrificarte, no lo dudas; que tal es el hombre.

—Tiene padres Teresa?—pregunté á *Bibi*.

—No,—me respondió.

—Y hermanos?

—Tampoco.

—Es soltera?

—Sí.

—Entonces quién ha originado la escena de esta noche?

Bibi calló. Estaba imposibilitado de contestar á una pregunta hecha en aquella forma. Yo lo comprendí y volví á preguntar.

—Vive sola Teresa?

—No.

—Quizás vive con alguna parienta, no es eso?

—Sí.

—Que la trata mal.

—Sí, sí,—repitió el pájaro con fuego.

—Tenia ya la clave de los sucesos de aquella noche. Teresa era víctima de algun espíritu atrabiliario con quien vivia: una tia exigente y caprichosa, una madrastra sin entrañas, ¡quién sabe!

Satisfecha mi justa zozobra me dispuse á cortar la conferencia.

—*Bibi*,—le dije á mi amigo,—quieres quedarte aquí esta noche?

—Lo desco—me contestó *Bibi* con los ojos.

—Pues entra.

Mi bondadoso rival entró y yo busqué á tientas mi lecho. Temía que encendiendo luz, *Bibi* pudiese sorprender el rubor que su generosidad producía en mí.

..

Al día siguiente la ventana de la bohardilla de Teresa permaneció cerrada herméticamente. Situado detrás de los cristales de la mia, en vano esperé muchas horas seguidas á que se abriera. Procuré indagar algo acerca de mi interesante vecina y no logré despejar las tinieblas que la oscurecían á mis ojos.

Los días se sucedieron los unos á los otros y todo continuó lo mismo: la ventana permaneció cerrada y Teresa no volvió á asomarse.

Yo estaba desolado. Mis pesquisas no daban resultado ninguno y mi agonía aumentaba al par que mi amor por aquella niña. *Bibi* no era mucho mas feliz que yo; adelgazaba de día en día, de hora en hora y una honda tristeza lo mataba.

A las dos semanas, una tarde que estaba yo contemplando las enredaderas de la ventana de Teresa que se secaban por falta de cuidado, parecióme distinguir una sombra que se agitaba detrás de los cristales. Fijé la mirada un punto y reconocí en aquella sombra á Teresa; pero á Teresa desconocida, pálida, con la huella de la muerte en la cara.

A la espresiva mímica con que yo traté de hacerle comprender mi afecto y mis temores, contestó oprimiéndose el pecho con ambas manos y mirando al cielo.

No pude penetrar la significacion de aquella actitud.

¿Quería decirme que sufría, que padecía alguna de esas afecciones que acarrear invariablemente la muerte, ó bien aquellos gestos significaban que mi amor habia fructificado en su tierno corazón, pero que dudando éste de hallar la felicidad en la tierra me hablaba de encontrarla en el cielo?

Quise aclarar aquella duda, pero ya era tarde.

Teresa habia desaparecido.

Una voz secreta me decia, sin embargo, que Teresa se consumía lentamente devorada por una afeccion fisica. La blancura de su rostro no era nítida como antes; ahora tenia la transparencia anacarada de la hetiquéz.

Opté por el partido de abandonar mi actitud espectante. No ya el reposo, la vida de Teresa lo exigía y otra conducta hubiera sido criminal. ¿Pero de que medios me valdria para llegar hasta ella?—*Bibi* que en otra ocasion habria sido un recurso, en esta era perfectamente inútil, puesto que aquella maldita ventana cerrada siempre, impedia que pudiera establecerse una correspondencia por medio del pájaro.

¿Qué hacer? á qué medios recurrir?

Pensando en ello estaba cuando un golpe dado á mi puerta me sacó de mi meditacion.

—¿Quién es?—pregunté.

—Aquí traen un telégrama para usted,—contestó la voz de mi portera.

∴

Abri. Un empleado de telégrafos me alargó un papel diciéndome:

—Llegado con doce horas de retraso.

Rompí el sobre y después de ver que el telégrama, era de mi hermano, leí lo siguiente:

«Pedro Ponce.—Madrid.—Nuestra madre se muere. Ven.—Juan.»

Una espesa nube de sangre cubrió mis ojos y un grito horroroso se escapó de mi garganta. ¡Mi madre, mi madre á quien yo adoraba, se moría!.. y aquel telégrama traia un atraso de doce horas!.. y yo quizás no volvería á verla!....

Lo olvidé todo. Coji precipitadamente una maleta, metí dentro de ella lo mas preciso y me lancé á la calle sin pensar en Teresa, ni en *Bibi*, ni en nadie.

Llegué á la estacion del Mediodia momentos antes de

partir un tren. Dios habia oido mis ruegos. Me arrojé en el fondo de un coche y sólo despues de una hora de marcha noté que nadie me acompañaba; aproveché aquella soledad para dar rienda suelta à mi dolor y lloré.

Al dia siguiente llegué á mi pueblo. Mi hermano me esperaba en mitad del camino sentado en un banco de piedra.

—Y mi madre?—le pregunté temblando por su respuesta.

—Aun vive,—me contestó abrazándome cariñosamente.

..

Dos dias después dejó mi madre de existir.

El efecto que me produjo aquella separacion, que ha de terminar algun dia, fué tan violento, que estuve tres meses entre la vida y la muerte. Al cabo de este tiempo los médicos me recomendaron que regresara á Madrid; mis estudios lo exigian tambien y yo acepté aquel dictámen.

Descaba ardientemente saber que habia sido de Teresa y de *Bibi*, de aquellos dos seres que tanto me interesaban y á quienes tanto quería.

Existirian aun? habrían muerto?

¿Pájaros al fin habrían emprendido su vuelo hácia mas templadas regiones?

..

Llegué a Madrid y mi portera me presentó la llave de mi cuarto con la misma gravedad que si nos hubiéramos separado el dia anterior,

Subí precipitadamente y lo encontré todo como lo habia dejado, limpio, ordenado, pobre. Me dirigí á la ventana y miré á la bohardilla de Teresa: las enredaderas y las campanillas habian desaparecido y la ventana estaba abierta.

El corazon se me oprimió dolorosamente; no sé porque presumí una desgracia.

Llamé á *Bibi* y *Bibi* no me contestó; salté entonces al tejado y me dirijí á su nido...

El nido estaba vacío y deshecho!

Osé llamar á gritos á Teresa y el mismo silencio contestó á mis palabras.

Fuera de mí, abandoné el tejado, bajé precipitadamente á la calle, entré en casa de Teresa, subí los escalones de cuatro en cuatro y me detuve en la puerta de su cuarto.

La puerta estaba abierta. Entré.

Dentro no había nadie; la jaula estaba vacía. El pájaro que andaba había volado ó había muerto!

..

Me orienté un poco y entonces pude ver que en aquellas habitaciones no vivía nadie ni existían muebles ningunos. Solamente en la pared y junto á la ventana había colgada una jaula; por instinto me acerqué á ella y la miré. En su fondo había un pájaro muerto.

Era *Bibi*.

Me costó gran trabajo reconocerlo porque estaba en los huesos; sin embargo su pico agujereado puso término á mis dudas.

Lo saqué de la jaula. Estaba caliente todavía...

Apreté aquellos inanimados restos contra mi pecho y una lágrima brotó de mis ojos.

De repente observé que un papel doblado pendía de su cuello; lo abrí y reconocí la letra de Teresa; aquello estaba escrito para mí y decía estas solas palabras:

«Te he esperado hasta hoy.»

El pájaro que andaba y el que volaba habían muerto.

Busqué la tumba de Teresa sin encontrarla.

Es verdad que los pájaros como ella no dejan rastro en el suelo!

Pedro Ponce.


MISCELÁNEA.



PROFUNDIDAD DEL MAR.

Las sondas practicadas desde hace algunos años para la colocación de los cables telegráficos submarinos han dado resultados curiosos respecto á las profundidades del mar.

Se ha observado que, en general, es mayor la profundidad mar adentro que en la proximidad de las costas. La profundidad del Báltico, entre la Alemania y la Suecia, no es más que de 120 piés ingleses; la del Adriático, entre Venecia y Trieste, de 130 piés; la de la Mancha no excede de 300 piés, mientras que al Sudoeste de la Irlanda la sonda descende á más de 2.000. La profundidad del Mediterráneo al Este de Gibraltar es de 3.000 piés, y de 6.000 en la costa de España. Las profundidades mayores que se han hallado están en los mares australes, al Oeste del Cabo de Hornos y del Cabo de Buena Esperanza, donde la sonda acusa la elevada cifra de 16.000 piés.



REMITIDO.

SOCIEDAD FILARMÓNICA DE MÁLAGA.

Las clases gratuitas de solfeo, empezarán en los primeros días de Octubre próximo, como igualmente las de pago.

La admisión de alumnos, tendrá lugar en el Conventico, de seis y media á ocho de la noche; excluyéndose los que pasen de la edad de doce años.

P. A. DE LA J. D.

El Secretario,

ENRIQUE O'KELLY.

DIRECTORES PROPIETARIOS,

ENRIQUE RIVAS.

JOAQUIN M.^oVERDUGO.

FIN
DEL TOMO VII.

ÍNDICE

DEL TOMO VII.

	PÁGINAS.
ATRACCION UNIVERSAL.—José Echegaray.	5
ALGO MAS SOBRE EL ARTE.—José M. ^a de Sancha.	18
LAS CIENCIAS NATURALES EN ESPAÑA.—Juan Vilanova.	31
MISCELANEA.	46, 83, 131, 176, 290
EL MATRIMONIO INDISOLUBLE ES UNA NECESIDAD SOCIAL.—Ant. ^o Gil.	50
EN EL ALBUM DE LAS SRTAS. DE VALLS. (<i>El Oleido</i>). Atenodoro Muñoz.	58
AYES DEL ALMA. (<i>Poesías</i>) A. Muñoz.	61, 152
EVAPORACION.—F. Carvajal.	63
EL PRETENDIENTE.—José M. ^a Crouseilles.	71
Biografía. «NEWTON.»—F. V.	79
EL LUJO.—José M. ^a Sanromá.	97
APUNTES SOBRE LA MINORÍA DE CARLOS II.—F. Vila.	104, 145.
ERÓTICAS Y MADRIGALES.—Atenodoro Muñoz.	114, 225
EL MONTENEGRO, LA HERZEGOVINA Y LA SERBIA.	117
CANTO DE AMORES. (<i>Trova</i>).—Jose M. ^a Crouseilles.	125
LAS CRUZADAS.—C. Calvo Rodriguez.	154, 197
LA CUESTION DEL CAPITAL Y EL TRABAJO EN SU ASPECTO ECONÓMICO. José Luis Giner.	163
EL SUELO DE LA PÁTRIA.—C.	207
A LA RAZON. (<i>Poesía</i>).—Atenodoro Muñoz	228
BRISA.—F. Carvajal.	229
LA BALADA DE JUANA STILICH.—Saintine.—(T. p. J. V.)	232
APUNTES BIOGRÁFICOS.—COPÉRNICO—F. V.	237
VERSALLES.	241
DE LA LITERATURA EN GENERAL.—José Alcalá Galiano.	245
ESTUDIO DE LAS CIENCIAS NATURALES EN SUS RELACIONES CON LA FILOSOFÍA. Gabriel de la Puerta.	253
BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LA PÁTRIA POTESTAD Y LA LEGITIMIDAD DE LOS HIJOS.—Antonio Gil.	269
LOS PÁJAROS. (<i>Novela aérea</i>).—Pedro Ponce.	277


REVISTA DE MÁLAGA.

REVISTA
DE MÁLAGA.



ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES.

AÑO III.—TOMO VIII.



DIRECTORES—PROPIETARIOS,

ENRIQUE RIVAS.

JOAQUÍN M.^o YERDUGO.

MÁLAGA.

IMPRESA DE LA REVISTA DE MÁLAGA,
PLAZUELA DEL CISTER, NÚM. 9,
1876.

